

Los Libros

BIOGRAFÍA DE DON LUIS BARROS BORGOÑO, por *Enrique Vergara Robles*; Impr. del Instituto Geográfico Militar. Santiago.

Este libro de don Enrique Vergara Robles tiene un doble sentido: el formal reconocimiento de los méritos de un eminentísimo hombre público, y el cordial homenaje al funcionario cuyo cálido sillón ocupa desde hace veintitantos años en la Caja de Ahorros de Empleados Públicos. Loable empeño, lo uno y lo otro.

Lo ha escrito el autor en una forma sencilla, cariñosa, y algo indecisa, como de quien se siente sobrecogido ante imponentes imágenes; y su pluma, animada y cohibida a la vez por unos mismos sentimientos, va recorriendo a través de estas páginas los predestinados caminos en cuyo polvo dejara la historia de sus pasos, don Luis Barros Borgoño. Coge la primera auspiciosa huella en «esa vivienda de don Diego Barros Arana», donde transcurre la niñez del futuro estadista, huérfano en tierna edad, y de allí nos lleva, deteniéndose al comienzo en esas digresiones inevitables con que siempre ambientan y ornamentan los escritores de biografías estas clases de obras, a los abiertos panoramas de la vida del grande hombre.

En verdad, fué un camino claro, firme, sin grandes recovecos, el camino que recorriera don Luis Barros Borgoño en su larga vida. Pero fructífero en su rectitud. Como que partía y estaba

siempre cerca, de la base primordial de la conciencia, que desde niño le guió sus pasos. Porque, no obstante sus bizarras condiciones, fué el hombre de la mesura, de la ecuanimidad, aun en esos casos en los que sus principios no estaban de acuerdo con los principios ideológicos de los demás. Más aún que un político, fué un internacionalista, un jurisconsulto, un historiador, un académico de depurado estilo. Y un hombre que tenía en la cabeza el corazón. Su obra social, extensa y poco reconocida—y ajena a programas políticos y asambleas— fué silenciosa y personal. Acometió desde sus altos cargos en diversas Cajas, organizadamente, amorosamente y antes de que nadie lo hiciese, la empresa de construir habitaciones; muchas habitaciones, cómodas, higiénicas y baratas, para gentes modestas o de pocos recursos, en lo que se anticipó en muchos años a la política oficial de nuestros Gobiernos.

Todo eso, y mucho más de eso, lo dice el autor de esta Biografía, con tanto o más reconocimiento que el debido a las grandes actuaciones políticas y servicios de trascendencia internacional prestados al país por don Luis Barros Borgoño. Y la simpatía y la admiración cálida del autor sigue en todos los casos los pasos de este hombre de trabajo y de paz, que en su ocasión fué también un revolucionario. En este tópic, don Enrique Vergara Robles se deja llevar un tanto por la romántica impresión que en sus adolescentes años los hechos del 91 probablemente produjeron, en los que parece justificar con cierta imparcial diplomacia la causa—de apariencias ideológicas—de los opositores de Balmaceda. Pero ahora, lo romántico está del otro lado. Lo romántico y lo histórico... Ya pocos niegan de la «razón nacional» y de la gran visión de gobernante, del malogrado Presidente. Ni aún—creemos— las negaría ya en sus años maduros de patriotismo, el joven Secretario General de la Junta Ejecutiva Revolucionaria.

Un libro justiciero, ameno, tímido, éste de don Enrique

Vergara. De una timidez que le quita algo de gracia, a la forma; algo de brillo a la imagen; pero no verdad, a la verdad.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



EL HOLANDÉS VOLADOR, por *Ernesto Silva Román* (Zig-Zag, 1949).

El arte de Silva Román en «El Holandés Volador» consiste en saber narrar los hechos que toma como temas.

No debemos ver en sus cuentos al creador de situaciones ni de personajes, pero sí al expositor magnífico que cumple con una labor no menos artística cual es la de entretener al lector.

La fluidez de estilo y la vida que pone en las descripciones de escenas y personajes, ocultan a la generalidad de los lectores el fondo (si lo tiene) insustancial de los temas.

De corte absolutamente pagano, la ideología que podemos apreciar en los 20 cuentos que nos presenta su autor, son de un sentido nihilista total. Para Ernesto Silva Román los hombres son movidos irresistiblemente por el orgullo y la soberbia, como podemos apreciar en el primero de ellos que lleva el título de la obra; o por la ambición de poder y riquezas como en «El Tesoro de los Mallinao», «Larama Cota», y «La Fórmula del Espacio»; o bien, por la voz de la carne y los sentimientos procaces como en ese magnífico ejemplo de panteísmo: «Vida».

Con ansiedad, aunque infructuosamente, recorrimos las páginas de esta obra en pos de una idea constructiva, de la cual podamos extraer un fondo edificante; sin embargo nuestra labor le da bote con la realidad: «El Holandés Volador» carece de fondo ideológico.

A nuestro juicio, el fin primordial de una novela, cuento, o lo que sea, es imponer y defender una idea, personal o ajena, pero exponerla. Un relato imaginativo meramente formal, carente de fondo, es como una escultura, muy hermosa pero sin